



## 1. Buscando las palabras para empezar



*Miércoles primero de marzo*

Querida María Elena:

Me tienes ya varias horas buscando las palabras para empezar a hablarte, y he fracasado. No hallo en el montón de ideas que se confunden en mi cabeza la mejor manera de comenzar estas líneas. He perseguido inútilmente esas frases con las que suelo sorprender a quienes me escuchan pero están vacías, vaciadas de significado porque solo son juegos verbales y no la verdad desnuda. Siento que en este mundo de apariencias, de oraciones prefabricadas, de actitudes correctas y de emociones controladas, la imagen se lo va tragando todo y ya no tiene ninguna importancia la esencia de las cosas.

Seamos claros. Las palabras no me sirven para nada cuando siento tu ausencia y sé que a ti tampoco te son útiles allá, en ese mundo siempre nuevo y desconocido donde irás construyendo —construyéndote— esa mujer que tantas veces se ha anunciado en tus ojos de niña y en la mirada sorprendida y curiosa con la que escuchabas las viejas y desgastadas historias de mi vida.

Irse es una forma de morir un poco y no me importa sonar melodramático ni que los demás afirmen

que exagero. Mi abuelo, el viejo periodista, decía que «despedir es dejar ir» y no solía asistir a ninguna despedida, y aunque todos criticaban su aparente indiferencia, él salvaba la pena del que se iba y su propia pena, y hacía bien.

Algo queda maltratado en nosotros cuando una persona amada se aleja y el dolor se hace más grave cuanto más permanente y larga es la distancia. A veces es un viaje eventual, otras, uno de largo aliento y, cuando llega con su infame sentencia, el viaje definitivo de la muerte. ¿Será que es cierta esa frase que afirma que, de alguna manera, todos nos estamos yendo?

¿Cómo combatir la distancia? Hay muchas maneras, y de todas, yo prefiero el amor. Sí, el amor, querida María Elena. Pero el amor no es esa fantasía que se ve en las fotos de los diarios, ni en las películas con las que lloras los fines de semana cuando, deprimida, te metes en la cama con un helado para olvidarte del mundo. Todo lo contrario, el amor es vida, es alegría, es ganas de ser y de hacer. Sin embargo, ese amor no reside en nosotros, se encuentra en la persona amada y se refleja en nuestros ojos cuando la vemos, cuando conversamos con ella, cuando la tenemos cerca. Por eso un poeta como Borges agradecía al amor que «nos deja ver a los otros como los ve la divinidad».

Entonces todo se complica, ¿cómo combatir la distancia con el amor si el amor necesita de la cercanía de las personas que se aman para realizarse? Esa es una paradoja, una contradicción que solo puede entenderse amando, atreviéndose a sentir, arriesgándose a sufrir.

No obstante, también es cierto que el amor que resiste la lejanía, no vive, tan solo sobrevive. Ninguna distancia es buena, pero cuando es irremediable, el amor nos ayuda a sobrellevar esa pena.

«Amor», palabra urgente, palabra escandalosa, palabra temible. Tiene tanto poder que muchas veces —las veces que importan— preferimos no decirla, no ocuparla, no pronunciarla; porque nos da miedo.

Se aman nuestros padres —o se amaron—, se aman —inútilmente— Romeo y Julieta, se aman —a lo mejor se aman— los amantes, pero de tanto amor apasionado nos olvidamos de los otros amores y los llamamos *cariño* o *querer*, palabras egoístas porque hablan, la primera, de lo que uno extraña, de lo que uno carece y, la segunda, de lo que uno busca, de lo que uno trata de obtener, de lo que uno desea (y ya sabemos que desear, a tu edad, es una mala palabra que cualquier madre reprimiría con advertencias o con amenazas, pero para hablar de eso ya habrá tiempo, María Elena).

Los otros amores, el amor del padre, el del hermano, el del maestro, el del amigo; amores tan graves y tan apasionados como el de pareja son relegados al silencio, pasan desapercibidos, son ignorados o llevan una vida clandestina.

Sé que estas líneas no pueden reemplazar nuestras conversaciones, pero hacen el intento. La vida es solo eso, un intento tras otro. Cuando dejamos de hacer el esfuerzo, de alguna manera nos morimos.

¿Cómo pueden dos personas tan distintas y tan distantes reunirse alrededor de un afecto? Esa es una pregunta que siempre me ha obsesionado. Creo que todo nace de la confianza.

Dicen que la mejor manera de acercarse a un adolescente es a partir de la propia experiencia, a partir del testimonio de una vida que fue y que en los recuerdos aún se repite cada vez que la buscamos en el cajón de los tiempos extraviados. Eso te ofrezco, un montón de historias, de tiempos que son míos, de alegrías y tristezas que son

mías. No son la sabiduría, tan solo es el amontonamiento de mis nostalgias expuestas con la honestidad que siempre tuve contigo.

Dicen, también, que los viejos son viejos porque ya se olvidaron que alguna vez fueron jóvenes, que alguna vez la sangre corrió entusiasta por sus cuerpos, que alguna vez su piel se erizó de ansiedad o de vergüenza y sus errores se sucedieron sin tregua en la tempestad inagotable de la adolescencia.

Desde acá me enfrento a la renuncia, al quiebre, a la soberbia estupidez de creer que no fui yo el de ayer o el que —como todos los jóvenes— cometió los mismos errores, sufrió las mismas asperezas y se ensució —me ensució— en las sagradas torpezas de la adolescencia.

Si vuelvo la mirada a los años en que, al igual que tú, veía la vida como la gran montaña a cuyas faldas recién me encontraba, me hallo confiado, inocente y crédulo. Entonces el universo era el sombrero de un mago, mis padres perfectos, mis amigos para siempre y el amor un pasaje secreto que prometía el paraíso. Entonces fui joven como tú.

Es a esa juventud a la que regreso para escribirte, o lo intento, al menos. Y lo intento porque no siempre está allí —donde queremos o donde la dejamos— esa juventud que se nos escapa sin darnos cuenta y que huye como la muchacha que sale por la ventana de la casa, donde todo está prohibido, para acudir a la fiesta donde todo está permitido.

Cuando menos nos damos cuenta nos encontramos gastados frente al espejo y sentimos que ya hemos cruzado la línea. Solo entonces entendemos que no es la única ni es la definitiva, que es tan solo una de las muchas que se nos irán poniendo al frente para que tomemos las decisiones que nos irán formando —o deformando— a través del camino.

Ahora estás lejos y me pierdo en estas oraciones confusas porque la única certeza que tengo es confesar que te extraño.

Te extraño de esa manera confusa que tienen los padres que alientan al hijo a ser independiente y, sin embargo, le ponen trampas y zancadillas afectuosas con tal de no perderlo. Un padre aprende —después de muchos errores— que su función tiene límites, que su tiempo se termina, que su autoridad se disipa y que debe empezar una nueva jornada con los hijos convertidos en mujeres y en hombres que piensan solos, que razonan solos, que piden explicaciones y exigen argumentos. Un padre aprende —tarde o temprano— que después de formar al hijo solo le queda acompañarlo en esa jornada que ya no es suya, en esa experiencia ajena, en esa vida que ya no le pertenece.

Solo hace unos instantes fui un muchacho lleno de miedo, con tu misma edad, con tus mismas angustias, con tus mismos sueños. Puedo verme, todavía, contemplando de lejos a la joven hermosa que nunca supo que yo existía, puedo escuchar aún las frases torpes y vulgares que escupí amenazado por el pánico de no ser como todos, puedo regresar al momento en que crucé la primera marca por un aplauso, traicioné el primer recuerdo por la baratija de una risotada, y ensució la primera emoción por el terror incontrolable a quedarme solo.

Así es la soledad, una vieja tramposa.

Un amigo me dijo alguna vez que «la soledad está dentro de uno» y con ello me descubrió el secreto de las distancias. Podrías estar acá, junto a esta máquina donde escribo, al alcance de mi abrazo, y sentirte sola; puedes estar allá, atravesando montañas y desiertos, océanos y valles, y sentir la calidez de este cariño asustado, de este amor silencioso, de este maestro que no puede —o que

no debe— decirle a todo el mundo que te ama como solo aman los padres.

Sé que sonrías, María Elena, sé que se te ilumina el rostro mientras intento explicar con palabras el montón de sentimientos que los que amamos conocemos pero que casi nunca pronunciamos, casi nunca confrontamos, porque a los adultos el temor, también, nos tapa la boca.

Ojalá pudiera decirte «no temas», «no te preocupes», «al doblar la esquina encontrarás la felicidad»; pero no es cierto. Alguien escribió que el éxito no es un lugar, la felicidad tampoco, ni es un lugar ni está en ninguna parte. La felicidad, con suerte, es una especie de remanso, es sentirnos tranquilos con nosotros mismos y con la gente que nos rodea, es saber que valemos la pena y que quienes deben saberlo lo saben de memoria; es amar y ser amado.

Otra vez el amor.

Aunque no puedo definirlo con certeza, puedo decirte que el amor se parece al juego aquel de la infancia en el que cerramos los ojos y nos dejamos guiar —ciegos y con fe— por quien sí puede ver. Avanzamos guiados por esa persona que nos presta su mirada, que nos invita a andar a paso firme y nos da la certeza de que jamás permitirá que tropecemos o caigamos. Caminamos sin miedo porque sabemos —queremos saber— que alguien, más allá de nosotros mismos, más allá de lo que nuestros ojos ignoran, más allá de nuestros temores, está viendo por nosotros y está cuidándonos, porque le importamos. Y esa sensación nos hace sentir bien porque experimentamos que es trascendente ser quienes somos no solo ante sus ojos sino —sobre todo— en sus sentimientos, porque su vida se hace más valiosa con la nuestra y porque esa persona que nos guía en la oscuridad ha hallado en nosotros la esencia, eso que ni cambia ni se destruye, esa maravilla que nos

identifica como seres únicos y que se mantiene fresca e indeleble a través de los tiempos y de los años.

La esencia, María Elena, la esencia es lo que nos define, lo que nos forma, lo que nos convierte en lo que somos, y solo siendo leales a ella, somos fieles con nosotros mismos, nos alzamos del suelo y acortamos distancias.

Atrévete, sé más grande que tus miedos y álzate sobre las tentaciones del camino sencillo y de los atajos que vas a encontrar regados en cualquier parte, esperando tu debilidad, esperando tu miedo, esperando tu soledad. Atrévete porque no estás sola, no lo estás aunque la duda, como un animal salvaje, venga a arañarte el sentimiento.

Nadie dice que será fácil. Los cantos de sirena son hermosos, pero terminan ahogando a los marineros; un parto es doloroso, pero da la vida y, con ella, la oportunidad de un mañana.

Que cada ocasión que se te presente sea buena para la lucha, para el esfuerzo, para no rendirse. ¿Sufrirás?, probablemente, pero te dará la ocasión de amanecer de nuevo, de experimentar otra vez el nacimiento, de llegar al futuro donde te sientas orgullosa de ser quien eres y de tu lugar en el mundo. Sabrás, con la claridad del mediodía, que los que te amamos vemos la hermosura de tu esencia porque eres hermosa y no un invento, porque eres real y no una farsa, porque eres verdad y no una mascarada.

Dije que desconfiar de las certezas se me ha hecho una mala costumbre, pero creo que me he equivocado. Todos nos equivocamos, María Elena.

Hoy, que la montaña es el sendero por donde cruzo, que la experiencia me ha hecho más incrédulo y menos inocente, que la malicia ha construido su nido sobre mi ingenuidad infantil, hoy te puedo confesar que a pesar de todo no se ha muerto el niño que me habita.

Cierto, las cosas cambiaron, pero no se destruyeron; el amor es un confiado paso hacia adelante, con los ojos cerrados; mis amigos lo siguen siendo, con vicios y virtudes; mis padres se humanizaron hasta este sentimiento que no puede ser solo memoria porque es de hoy y ahora, porque me habita; y el universo, esa nada que es todo, no se me presenta ya como el sombrero de un mago porque se ha convertido en la Caja de Pandora donde aún queda guardada mi esperanza.

Sí, la victoria está llena de derrotas y la felicidad guarda malos ratos, pero también están hechas de la voluntad de ser, del amor por uno mismo y por los demás, de la decisión de seguir andando aunque se acabe el camino.

La distancia no es esa geografía que nos separa, la distancia no existe para dos que se vieron, sin máscaras, a la cara.

Con amor, lejos y cercano,  
JL